

No nos vamos a entender

Roger Bernat, EL MUNDO 11/11/05.

Soy un chico listo. Por eso entiendo a los partidos haciendo discursos encendidos en el Congreso con tal de arañar unos votos más, entiendo a esos dos cretinos que se pegan porque sus coches han quedado abollados, entiendo la oferta del mes de El Corte Inglés y a la chica rubia de tetas grandes del anuncio de cerveza. Incluso, si me aplico, soy capaz de entender el funcionamiento del motor a reacción de los aviones y la razón por la que unos desconocidos estrellan esos aviones contra unos rascacielos.

Cuando entiendes todas esas cosas te quedas un poco extenuado y sin saber qué hacer. Así estuve yo durante unos años. No era capaz de hacer nada. Era todo tan transparente que daba miedo y el miedo, como todo el mundo sabe, paraliza. Empecé a pintar algunos cuadros tímidamente. Pintaba bodegones y algunas modelos. Era una actividad contemplativa que me permitía posponer la decisión sobre lo que tenía que hacer después de haberlo entendido todo. Porque pintar cuadros no era una respuesta. Era solamente una distracción que me permitía ir pensando en lo que tenía que hacer.

Había días en los que pensaba engrosar las filas de una banda terrorista con muchas siglas -últimos abanderados de la utopía- y otros creía que lo mejor era seguir con mi trabajo de celador en el Hospital de Bellvitge simulando que no entendía nada. Trabajar pacientemente para el bien de la comunidad y los fines de semana salir al campo a pintar y ser casi feliz. Pero ninguna de estas posibilidades funcionó. Un día me encontré despidiéndome de la academia de pintura y al día siguiente firmando la rescisión del contrato de celador.

Estaba en la calle sin nada que hacer y entendiéndolo todo de maravilla. El problema era que entenderlo todo de maravilla no me había transportado al Nirvana como prometían los sabios del Tao.

Fue entonces cuando me encontré con Alberto Ruy Sánchez. Se le acababan de llevar el coche a punta de pistola en México DF. Como era un intelectual mejicano que escribía en distintos medios había pensado escribir un artículo denunciando la inseguridad en la calles de su ciudad pero, según decía, eso no era respuesta, eso era la pataleta de todos los intelectuales mejicanos cuando les roban el coche a punta de pistola. La misma pataleta que el alcalde de Barcelona quiere imponer ahora en forma de ley contra el incivismo para satisfacer a la oposición y a sus votantes más obtusos.

Alberto Ruy Sánchez era (y creo que sigue siendo) el director de una revista literaria. En respuesta al asalto que acababa de sufrir decidió dedicar íntegramente un número de la revista a las distintas especies de pájaros que habitan el Distrito Federal. Contactó con eminentes ornitólogos que escribieron bonitos artículos, recopiló grabados que reproducían con detalle la anatomía de las distintas aves y, unos meses más tarde, salía un número de la revista literaria en la que se describían las más de 2000 especies de pájaros que habitan México Distrito Federal con una reseña especial para las más de 200 que son autóctonas de la ciudad. Esa fue la pequeña contribución de Alberto Ruy Sánchez a la lucha contra la delincuencia en el DF o, mejor dicho, a la descripción de la delincuencia en esa ciudad. Sus mejores amigos tampoco entendieron nada.

Y sin embargo yo estaba fascinado con el gesto. Alberto Ruy Sánchez había sido capaz de saltarse la estúpida ley de la mecánica por la cual toda acción produce una

reacción equivalente. Había añadido a su reacción ese elemento humano e incomprensible que nos distingue del resto de los seres vivos. Yo estaba entusiasmado de no entender.